

Revista Electrónica de Investigación en Filosofía y Antropología

NUMERO 3 (Junio 2014)

Editor: Decanato de Filosofía. UNED

ISSN: 2340-4442

Por Gabriel Bonete: g.bonete@hotmail.com

EL DERECHO A LA PAZ: UNA UTOPIÍA NECESARIA. LA PAZ COMO FUERZA UTÓPICA

Seminario de Filosofía. Madrid, 24-25 de abril de 2014.

Unos apuntes.

Una tarde, después de un monótono día de trabajo, estaba estudiando un texto de Charles Taylor, "Horizontes ineludibles". Mi mirada oscilaba entre el libro y la pantalla del ordenador. En la página del portal de la UNED se anunciaba un seminario permanente de filosofía: "El derecho a la paz: una utopía necesaria". Nunca antes me había decidido a participar en este tipo de encuentros, pero en esta ocasión fue bien distinto. Estuve varios días dándole vueltas. Pregunté a mis compañeros si querían apuntarse, pero por motivos personales o económicos a nadie le venía bien. Entonces, me dije, bueno, holandés¹, o te mueves o te mueven. Así que descargué los archivos correspondientes y me apunté. Llegado el día 23 de abril tomé un tren y viajé a Madrid. Tras instalarme y cenar, pasada la medianoche, repasé mentalmente algunas ideas sobre la paz y la utopía.

Parece que los humanos somos los seres más empáticos sobre la Tierra, pero basta mirar a nuestro alrededor, y no digamos hojear cualquier libro de Historia o cualquier periódico para ver que nunca hemos sido capaces de dejar atrás inclinaciones primarias y sanguinarias como, por ejemplo, las derivadas de la territorialidad. Somos, pues, empáticos y violentos, lo que traducido al lenguaje de la moralidad significa que somos buenos y malos, solidarios y egoístas, tiernos y crueles. Sabemos que las contradicciones invalidan los argumentos, pero aun así hemos tratado de comprender y resolver nuestra ambivalencia, ensayando respuestas de todo tipo que van desde las que se afirma que el desarrollo de la razón todavía no ha culminado hasta las que advierten que es precisamente la razón nuestro lado oscuro, pasando por las que zanján más rápidamente la cuestión, señalando, sin más, que somos así por naturaleza.

En todo caso, nuestro modo de ser nos preocupa, y lo más interesante es que esa preocupación descansa precisamente en el más singular de los conflictos humanos, el que hay entre la realidad y la utopía. Un conflicto tan antiguo y vehemente como los violentos. Porque, aunque estrictamente el pensamiento utópico se atribuye a Tomás Moro y otros humanistas del siglo XVI, lo cierto es que ya se encuentra en los textos más antiguos de la humanidad, como el poema de Gilgamesh. De un modo u otro, con mayor o menor acento en lo sobrenatural o lo religioso, la vocación utópica ha

¹ Los compañeros de filosofía del centro asociado de Vila-Real nos llamamos holandeses porque Holanda, en el siglo XVII, en una Europa inmersa en guerras religiosas donde las ideas podían castigarse con la hoguera, fue el único país donde se podía pensar libremente y donde, de hecho, se estableció Descartes para escribir el "Discurso del método". Tras asistir al seminario, supe que nosotros, que necesitamos una *Holanda* para pensar sin interferencias, podríamos llamarnos también españoles, porque ya en el siglo XVI, Francisco Suárez, Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas, habían prediseñado el pensamiento moderno.

atravesado todos los siglos. Y es que, como escribió Bloch, *nada hay más humano que trascender lo que es*. No sería humano, por consiguiente, quedarse en la realidad.

En efecto, quedarse en la realidad es ignorarla, sea creyendo ciegamente en ella, sea creyendo interesadamente. En el primer caso, olvidamos su carácter impuesto y provisional. Quizá haya cosas que no puedan ser de otra manera, pero la realidad no es una de ellas; la Historia pudo ser de otra manera y la realidad no es definitiva. La creencia ciega se debe al hecho de que se nos vuelven inaccesibles los agregados con que la realidad se ha venido construyendo, lo que al cabo nos convierte en meros albañiles de la misma, carentes de verdadero pensamiento autónomo. En cambio, la creencia interesada tiene que ver con la capitulación, con la comodidad, con la mala fe, cuando no con los intereses directos de quien la impone.

Pero si no la ignoramos, la realidad es alarmante: nos avisa de que no estamos donde queremos. Ello es evidente, tanto si nos atenemos a los esfuerzos por cambiarla, como a la fe en la justicia divina, como a la compraventa de realidades hechas a medida, más o menos verosímiles, como las que produce, por ejemplo, Hollywood.

Ciertamente, lo apuntó el profesor Jordi Claramonte en el Seminario, la estética de las películas, en concreto de los westerns, enmascara el genocidio que supuso la colonización de América. La conquista del Oeste, las aventuras de pistoleros polvorientos, los salones, el whiskey y los tahúres, los buscadores de oro, las diligencias atravesando áridos y peligrosos paisajes bajo la vigilante mirada de los indios, tienen la fuerza poderosa de las mitologías y sin duda resultan enormemente estimulantes, pero ¿son realmente la verdad de una época? En la misma línea, el profesor Muñoz de Baena nos habló del lado oscuro del tan filmado sueño americano, generado a base de vulnerar los derechos fundamentales, si bien, en descargo de Hollywood, citó documentales como “La doctrina del Shock” o películas como “La Chaqueta metálica”, ejemplos de crítica y denuncia contra el ataque a los derechos humanos perpetrado por el gobierno americano incluso sobre sus ciudadanos. Así pues, la estética oficial, la más abundante y poderosa, derramada abusivamente no sólo desde el cine sino por todos los medios posibles, recorta la realidad a medida para investirla de un sentido menos aberrante, lo cual entretiene y tranquiliza las conciencias, ávidas de fábulas, mientras que la estética extraoficial se ocupa de resaltar las vergüenzas y las falsedades de la realidad. Por cierto que, hablando de falsedades, el profesor David Teira, de acuerdo con el economista Thomas Piketty, se encargó de desmantelar la falsa prosperidad que el neoliberalismo había prometido, falsa utopía, ciertamente, que no hace más que conculcar la libertad de los sujetos de consumo, que compran objetos al precio de su autonomía, en un marco de flagrante injusticia, de extrema y creciente desigualdad.

El segundo término del conflicto, la utopía, constituye una negación: un proyecto que disiente frontalmente de lo que hay, un proyecto que apunta sin engaños a lo que queremos que sea². Sin duda, a la vista de la Historia y de la actualidad, plagadas de guerra, la paz es uno de los objetivos fundamentales de ese proyecto. Así, el profesor Moisés González comentó la defensa filosófica de la paz llevada a cabo por humanistas como Erasmo de Rotterdam o Tomás Moro, en contra de una concepción del hombre que ponía el acento en su naturaleza violenta, como la defendida por Maquiavelo y sus seguidores. El debate entre los humanistas y los teóricos de la guerra justa o los religiosos defensores de la guerra santa sigue en pie y, a pesar de la Historia sangrienta, no podemos abandonar la tesis erasmista de que el uso de la palabra es preferible al uso de la espada.

Tesis que, en efecto, no abandonó Kant, cuya última obra, *La paz perpetua*, se encargó de comentar el Decano, Jacinto Rivera de Rosales: la paz es un deber moral y legal que ha de imponerse al estado-naturaleza. Para ello, los gobiernos habrán de actuar como una persona más, no como un soberano-

² Otra cosa sería negar lo que ya ha sido: una utopía con fuerza retroactiva.

otro exento de la moralidad que se espera de los ciudadanos, la cual consiste, como sabemos, en tratar a los demás no sólo como medios, sino también como fines en sí mismos, aunque ello implique renunciar a inclinaciones egoístas. Por eso se prefiere la división de poderes y el republicanismo que, al menos formalmente, garantizan la igualdad moral y jurídica de todos los ciudadanos, gobernantes y gobernados. El proyecto kantiano culminaría en la constitución de una federación de Estados libres que no precisaran de ejércitos sino de prudencia y de razón.

Y esa era la idea que, al término de la Gran Guerra, animó a la creación de la Sociedad de Naciones, la cual, sin embargo, no fue capaz de prever la crisis económica de los años treinta ni, desde luego, de contener los consiguientes nacionalismos y autoritarismos previos a la Segunda Guerra Mundial. Tras ésta, se constituyó a su vez una nueva organización internacional encargada teóricamente de mantener la paz en mundo: la ONU. El profesor Fernando Val nos habló de estas organizaciones, en las que de alguna manera late el sentir utópico de la paz mundial, del diálogo y la concordia interculturales. Sin embargo, en la práctica, la ONU no garantiza tanto la paz cuanto la seguridad colectiva. La realidad, una vez más, se empeña en exigir las armas y, a menudo, más allá del derecho a la legítima defensa. El Consejo de Seguridad, integrado por las cinco grandes potencias: Estados Unidos, Francia, Rusia, China y Reino Unido, que asumen el papel de guardianes del mundo, se reserva el derecho a usar la fuerza en virtud de las llamadas guerras justas o guerras preventivas. Algo, en el fondo y en la forma, bastante alejado de la tesis erasmista y de la propuesta de Kant.

Pero es que la Ilustración no deja de ser una utopía: todavía no se ha realizado, y no sabemos si se realizará alguna vez o si solo es realizable en parte. En ese sentido, el profesor Diego Sánchez Meca afirmó que *la Ilustración se da externamente pero no internamente: la constitución de la conciencia crítica es ya una utopía*. Es decir, la ciencia y la tecnología han progresado extraordinariamente, pero no así el interior de las personas, convertidas en recursos productivos y sujetos de consumo, alejadas de sí mismas, negadas, alienadas, incapaces de entender el medio en el que viven (que, como decíamos, se les vuelve inaccesible) y de defender los valores innatos que como seres humanos les corresponden. Además, todos conocemos los nefastos acontecimientos que jalonan la Historia contemporánea a pesar de la razón ilustrada.

Y aquí no solo tenemos que pensar la Historia de Occidente, sino la de todo el mundo tocado por sus tentáculos. Allá donde llegó Europa, llevó consigo las luces y las sombras de su espíritu, que se impuso o se mezcló con lo que había. En la actualidad, no son pocos los que piensan, con el filósofo mexicano Leopoldo Zea, que *el descubrimiento de 1492 no fue sino un encubrimiento en términos culturales y de saberes*. La exportación de la civilización y la razón ilustrada (identificada cada vez más con la razón del capitalismo burgués), merece sin duda ser objeto de crítica. Es más, como explicó el profesor Rafael Herrera de Guillén, lo merece la exigencia de aplicar el pensamiento alemán y anglosajón al resto de culturas. Pero esa crítica resulta difícil de hacer, pues enseguida nos encontramos entre la espada de la universalidad de la razón y la pared de la particularidad de cada cultura. Acaso el pensamiento genuino sea aquel y sólo aquel capaz de volverse sobre sí mismo, es decir, de volverse, en última instancia, sobre la realidad concreta por él mismo forjada, puesto que toda realidad humana, por bárbara que nos parezca, es racional. ¿A qué entonces aplicarles un pensamiento ajeno, pudiendo y debiendo autoaplicarse el propio? En España, cuyos males continúan en América —apuntó Herrera de Guillén—, tuvimos y tenemos a Unamuno, a Ortega y Gasset, a Ganivet, etc. Y mucho antes —en el siglo XVII!—, Bartolomé de las Casas ya nos habló de derechos humanos, de razón universal, a la vista de las atrocidades perpetradas por los colonos españoles en América.

Ahora bien, la razón ilustrada traía consigo ideas liberales (codificadas, en nuestro caso, en la Constitución de Cádiz de 1812) que inevitablemente se volverían contra sus exportadores. La soberanía nacional, los derechos individuales, exigencias incompatibles con monarquías absolutas y, desde luego, con gobiernos foráneos, impulsarían las guerras de independencia; primero, la

norteamericana contra Inglaterra, luego (tras la revolución francesa), la europea contra Napoleón y, sin solución de continuidad, la iberoamericana contra España. Sin duda, tal y como expuso el profesor José María Hernández Losada, existe una analogía entre el rechazo español a la ocupación napoleónica y los movimientos americanos contra la corona española, los cuales se defendían de un posible gobierno francés a la vez que se separaban de España. En efecto, la campaña napoleónica quiso ser, en un principio, una prolongación de los valores surgidos de la revolución francesa, pero a la postre esos mismos valores despertarían el sentimiento nacionalista de los territorios invadidos. Lo mismo ocurrió en el Reino de España en América, cuyos territorios, en torno a 1820, ya se habían constituido en nuevos estados independientes.

Pero a partir de entonces, ¿quién tiene que ser el que ponga orden? En todo el mundo, los complejos y belicosos siglos XIX y XX (y lo que llevamos del XXI) dan cuenta de la dificultad de vivir en el postconflicto. La antropóloga María García Alonso abordó esta cuestión, en una ponencia centrada en las refutaciones mutuas entre la memoria y la Historia impuesta. ¿Cómo vivir en Ruanda después del genocidio? ¿Cómo vivir después del Holocausto? ¿Cómo vivir en un mundo lleno de verdugos y víctimas? Suele decirse que la Historia la escriben los vencedores, pero no hay que dejarse atrapar por esas simplificaciones. Lo cierto es que nadie quiere reconocerse víctima: incluso los que se ocupan de las víctimas dejan de ocuparse de sí mismos, víctimas inconscientes de la historia que les precede y de la consecuente sociedad en la que viven.

Así pues, como subrayó el profesor José García Caneiro, tenemos que partir de la flagrante incompatibilidad entre la realidad y la paz. La Historia, como querían Nietzsche y Foucault, es la Historia del Poder. No se trata de una sucesión lineal, sino que consiste en un estallido de acontecimientos fragmentarios fruto de una lucha estratégica sin sujeto. Siguiendo a Clausewitz, el profesor nos habló de la guerra como una constante en la historia de la humanidad, como si la paz hubiera sido imposible en los procesos evolutivos de las naciones. El verdadero instrumento de la política no es la paz sino la guerra. La paz es un deber ser, una idea regulativa, un horizonte hacia el que caminar, pero nunca la realidad.

Tenemos que ser conscientes de ello y, sólo entonces, seremos capaces de rebasarlo. He aquí el artículo 2 del Tratado de la Unión Europea, citado por el profesor Álvaro Jarillo Aldeanueva al principio de su ponencia: *La Unión se fundamenta en los valores de respeto de la dignidad humana, libertad, democracia, igualdad, Estado de Derecho y respeto de los derechos humanos, incluidos los derechos de las personas pertenecientes a minorías. Estos valores son comunes a los Estados miembros en una sociedad caracterizada por el pluralismo, la no discriminación, la tolerancia, la justicia, la solidaridad y la igualdad entre mujeres y hombres.* Como puede apreciarse, este artículo constituye un ataque frontal a la realidad, como si hubiera sido escrito desde la ingenuidad de un niño. Porque los adultos —irrespetuosos, esclavos, tiranos, clasistas, tribales, intolerantes, injustos, egoístas, machistas— sabemos que expresa una utopía.

El seminario llegó a su fin. Fue muy grato constatar el hecho de que alumnos, profesores y doctores se fusionen como compañeros del saber. Mientras me dirigía al Hostal (debía recoger mis cosas y volver a casa), pensaba en el inmenso trabajo que al ser humano aún le queda pendiente.